

Desterritorializaciones (y reterritorializaciones) literarias. Apuntes sobre la literatura sin residencia fija en la actual narrativa latinoamericana: tensiones entre lo global y lo local

Literary deterritorializations (and reterritorializations). Notes on the literature of no fixed abode in current Latin American narrative: tensions between the global and the local and local

RESUMEN: Hoy la nueva narrativa latinoamericana está poblada de personajes en desarraigo permanente, que atraviesan fronteras, territorios y espacios, expresando una nueva subjetividad permeada por la carencia de un lugar fijo de residencia. De igual modo, las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos viven en un desplazamiento constante, que no se corresponde con lo que fue el exilio voluntario de los escritores del “boom” o el exilio forzado de quienes debieron huir de las dictaduras en la década de los setenta. Esta nueva “geografía de la pertenencia”, en palabras de Fernando Aínsa, crea nuevos mapas de pertenencia ajenos a nociones unívocas de identidad y de patria. Pero, al mismo tiempo, una vertiente temática importante de la nueva narrativa latinoamericana se refiere al retorno a las provincias olvidadas, a los pueblos de los confines, a los territorios interiores, donde se despliega “otra” forma de vivir, en contraposición con la historia del resto del país. En todos ellos el espacio regional adquiere una vida propia y se refieren a “historias, espacios y personas (alejados) de una idea global”, en palabras de Martín Caparrós.

PALABRAS CLAVE: Literatura, América Latina, desterritorialización, pertenencia.

Gilda Waldman M.
gwaldman18@gmail.com

Facultad de Ciencias
Políticas y Sociales,
Universidad Nacional
Autónoma de México

Recibido: 16/02/2017
Aceptado: 07/04/2017

VERBUM ET LINGUA
NÚM. 9
ENERO / JUNIO 2017
ISSN 2007-7319

ABSTRACT: Modern day Latin American narrative is full of characters in permanent uprooting, crossing borders and territories, thus conferring a new subjectivity pervaded by a lack of a stationary residence. New generations of Latin American authors live in constant displacement, unlike the voluntary exile of the “Boom” generation writers or the forced exile of those who had to escape dictatorships in the seventies. This new “Geography of belonging”, in words of Fernando Aínsa, has created new maps of belonging, alien to univocal notions of identity and homeland. At the same time, however, an important theme of this new Latin American narrative refers to a return to forgotten countries, nearby towns and internal territories, where a different way of life is portrayed as opposed to the rest of the country. In all of them, regional spaces acquire a life of their own, and are referred to as “Stories, spaces and people (far from) a global idea”, in words of Martín Caparrós.

KEY WORDS: Latin America, literature, uprooting, belonging.

Escritores y personajes literarios
sin residencia fija

Si Macondo fue fundada por José Arcadio Buendía y los miembros de su expedición después de haber deambulado durante más de dos años en busca de pertenencia a un lugar, hoy la nueva narrativa latinoamericana está poblada de personajes en desarraigo permanente, para quienes el movimiento es más bien una forma de vida y no un estado transitorio (Ainsa, 2012). Así, por ejemplo, el escritor chileno Gonzalo Maier, en sus textos autoficcionales *Leyendo a Vila Matas* (2011) y *Material rodante* (2015) explora lo que ha sido su vida viajando en un tren que se desplaza entre Bruselas y Barcelona. Luis López Aliaga en *La imaginación del padre* (2014) viaja temporal y literariamente entre Chile y Perú –sus patrias– entrelazando su vida con la biografía de su padre, un exiliado peruano en Chile, preguntándose también sobre su propia identidad. Así mismo, los desenfadados personajes de Alberto Fuguet (1998, 2001, 2002, 2011) no poseen otra identidad que la de no estar vinculados a nada y, a su vez, Jesús, el protagonista de *Norte*, de Edmundo Paz Soldán (2012), deambula entre la frontera de México y Estados Unidos en un macabro itinerario de asesinatos en serie que comete azarosamente en casas ubicadas a la orilla del tren. Todos ellos, habitantes de un nomadismo planetario, atraviesan fronteras y territorios en un mundo en el que el flujo permanente –de personas, mercancías, información y discursos, entre otros elementos– es un rasgo de la época. Estos personajes literarios transitan permanentemente de un espacio a otro, expresando la nueva subjetividad que emerge en nuestro tiempo: el desarraigo y la carencia de un lugar fijo de residen-

cia en una era histórica caracterizada por la desterritorialización física y cultural, los exilios voluntarios o forzosos, las migraciones, la ruptura de las pertenencias construidas a partir de la residencia, la fragilidad de los lazos sociales, etcétera (Appadurai, 1997; Bauman, 1999). Pero no son solo los personajes literarios antes mencionados, entre muchos otros, quienes cruzan fronteras geográficas, culturales y simbólicas en un viaje permanente, convertido hoy en metáfora para repensar la cultura de nuestros tiempos (Chambers, 1995), sino también sus creadores, parte de las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos nacidos entre los años setenta y ochenta, que rondan entre los 40 y los 50 años, que se desenvuelven, siguiendo las ideas de Fernando Ainsa (2012), en nuevas geografías de la pertenencia, ajenos a nociones unívocas de identidad y de patria. Inscritos en la intensificación de los procesos de desterritorialización y transnacionalización que marcan nuestra vida contemporánea, habitantes de una subjetividad sensible a la dislocación de un mundo en cambio en el que se disuelven los antiguos referentes geopolíticos, económicos, sociales y culturales que daban sentido de pertenencia e identidad, han comenzado a aparecer a la luz pública desde los últimos 15 años, consolidando una creación literaria de gran fuerza narrativa, diversa, fecunda y prolífica. Un vasto número de escritores entre los que resalta la presencia femenina –desde México hasta el Cono Sur, del Caribe hasta la zona andina, desde Centroamérica hasta Colombia y Venezuela, de Cuba hasta la Patagonia, e incluso desde Estados Unidos, donde residen muchos escritores latinoamericanos escribiendo no solo en español

sino también en inglés— configuran hoy un caleidoscopio de voces literarias que poco a poco han ganado espacios de visibilidad y reconocimiento en el amplio escenario de la literatura contemporánea. Figuras como Samanta Schweblin (Argentina, 1978), Alejandro Zambra (Chile, 1975), Julian Herbert (México, 1971), Selva Almada (Argentina, 1973), Álvaro Bisama (Chile, 1975), Juan Gabriel Vásquez (Colombia, 1973), Félix Bruzzone (Argentina, 1976), Alejandra Costamagna (Chile, 1970), Santiago Roncagliolo (Perú, 1976), Rafael Gumucio (Chile, 1970), Guadalupe Nettel (México, 1973), Andrés Felipe Solano (Colombia, 1977), Hernán Roncino (Argentina, 1975), Andrea Jęftanovic (Chile, 1970), Laura Alcoba (Argentina, 1968), Juan Pablo Villalobos (México, 1973), Lina Meruane (1970), Martín Kohan (Argentina, 1967), Andrés Neuman (Argentina, 1977), Yuri Herrera (México, 1970), Wendy Guerra (Cuba, 1970), Antonio Ortuño (México, 1976), Edmundo Paz Soldán (Bolivia, 1969), Patricio Pron (Argentina, 1975), Nona Fernández (Chile, 1971), entre muchos otros, forman parte de una generación de creadores traducidos en diversos idiomas y cuya obra ha merecido múltiples premios. Por ejemplo, Edmundo Paz Soldán ganó el Premio Nacional de Novela de Bolivia en 2002; Yuri Herrera, el Premio Binacional de Novela Border of Words en 2003; Hernán Roncino, el premio del Fondo Nacional de las Artes en 2003; Rafael Gumucio, el Premio Anna Seghers en 2004; Martín Kohan, el Premio Herralde de Novela 2007; Alejandro Zambra, el Premio de la Crítica de Chile en 2007, el Premio Altazor y el Premio del Consejo Nacional del Libro de Chile en 2012; Sergio Roncagliolo, el

Premio Alfaguara de Novela 2006; Andrés Neumann, el mismo premio en 2009; Julián Herbert, el Premio Jaén de Novela 2011; Emiliano Monge, el mismo premio en 2012; Andrea Jęftanovic, el Premio Círculo de Críticos de Arte de Chile 2011; Guadalupe Nettel, el Premio Herralde de novela en 2014, y Samantha Schweblin, el IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero, 2015. Su obra ha circulado en el mercado editorial internacional, pero también ha sido publicada en pequeñas editoriales independientes: Ceibo, Eterna Cadencia, Sexto Piso o Almadía, por ejemplo. Llegaron a la juventud en una nueva realidad ya globalizada de fronteras porosas, desplazamientos masivos —incluso al interior del propio continente—, y formación de comunidades desarraigadas y trans-arraigadas (Guarnizo y Smith, 1999), constituyendo una generación de escritores viajeros y cosmopolitas que, viviendo en diferentes ciudades del mundo, se desplazan para promocionar sus libros (Neuman, 2010), o se encuentran en ferias del libro, festivales, diálogos públicos, mesas redondas y conferencias, formando lo que Lina Meruane denomina una *comunidad flotante* (citada en Guerriero, 2017), que vive, según Andrés Neuman (2010), en varios lugares al mismo tiempo. Este desplazamiento constante, que no se corresponde con lo que fue el exilio voluntario de los escritores del “boom” o el exilio forzado de quienes debieron huir de las dictaduras en la década de los setenta, constituye hoy una de las más nítidas señales de identidad de las nuevas camadas de escritores latinoamericanos.

Muchos de estos escritores han decidido vivir fuera de sus países de origen, apostando a desarrollar sus carreras literarias en el

extranjero. Así, por ejemplo, Guadalupe Nettel, mexicana, ha residido largo tiempo en España y Francia; Edmundo Paz Soldán, boliviano, vive desde 1995 en Estados Unidos; Laura Alcoba, argentina, reside en Francia; Patricio Pron, también argentino, vivió muchos años en Alemania y ahora lo hace en Madrid; Andrés Felipe Solano, colombiano, vivió varios años en Corea; Santiago Roncagliolo, colombiano, reside en Barcelona; Samantha Schweblin, argentina, en Alemania; Juan Gabriel Vásquez, colombiano, vivió en Francia, Bélgica, y ahora lo hace en España; Renato Cisneros, peruano, vive en Madrid; Andrés Neuman, argentino, en Granada; Emiliano Monge, mexicano, vivió en España largo tiempo; Juan Pablo Villalobos, mexicano, residió en Barcelona y ahora lo hace en Brasil; Valeria Luiselli, mexicana, vive en Nueva York, al igual que Lina Meruane, chilena. Sin interés por ofrecer una visión épica y totalizadora de América Latina, y formados en contacto cercano con el cine, la cultura audiovisual, la música, las nuevas tecnologías, la novela gráfica y los blogs, han dejado atrás el mundo mágico y maravilloso de los paisajes desbordados del trópico, los prostíbulos legendarios, los personajes monstruosos o los caudillos grotescos, redibujando el mapa de las literaturas nacionales en diálogo con el contexto global. A diferencia de los escritores del boom, profundamente ligados a la movilización política, así como a la efervescencia provocada por ideales que propugnaban la construcción de modelos sociopolíticos alternativos durante las décadas de los sesenta y los setenta del siglo pasado, el imaginario simbólico de las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos tiene poco que ver con pasiones nacionalis-

tas o con inmovibles adhesiones ideológicas. Ajenos a las convulsiones políticas de décadas precedentes, han sido testigos del fin del Muro de Berlín, de la Unión Soviética y de los discursos monolíticos, así como también de la matanza de la plaza de Tiananmen, los atentados terroristas en Nueva York, España y el Reino Unido, así como de las invasiones de la Unión Soviética a Afganistán, y de Estados Unidos a Irak. Jóvenes durante la expansión de la democracia en el continente después de dictaduras y gobiernos autoritarios, también han sido testigos de que la instauración democrática no necesariamente ha constituido la solución a los problemas sociales, optando por tanto por el no involucramiento y el escepticismo político. Como afirma Patricio Pron (2007): “La sospecha y la incertidumbre son los temas principales de mi generación literaria”. En la contraportada de su libro.

Hijos de un mundo en el que las verdades categóricas han quedado atrás, se desplazan cruzando fronteras lingüísticas. Así, por ejemplo, Junot Díaz, dominicano, y Daniel Alarcón, peruano, escriben en inglés, aunque rápidamente sus novelas hayan sido traducidas al español (Díaz, 2007; Alarcón, 2007). Atraviesan también géneros literarios —¿cómo clasificar *Facsimil* (2015), de Alejandro Zambra?—, entretejiendo al mismo tiempo ensayo, novela y autobiografía. Lina Meruane, por ejemplo, señala:

Es un partir escribiendo sin saber adónde va el texto, y a veces el texto decide ser una novela. He empezado historias autobiográficas que resultaron ser novelas (citada en González Harbour, 2016b).

Y refiriéndose a su libro *Volverse Palestina* (2013) señala:

Es un híbrido, un libro atravesado por un yo, Lina Meruane, que primero cuenta la experiencia vital de regresar, y que luego va a la biblioteca y da cuenta de lo que sucede en el mundo intelectual en torno al tema palestino (citada en González Harbour, 2016a).

De igual modo, es visible el cruce entre periodismo y literatura, como es el caso de Santiago Roncagliolo, Edmundo Paz Soldán y Rafael Gumucio, colaboradores del periódico *El País* y de otras revistas, como lo es también la preeminencia alcanzada por la crónica (Aguilar, 2010; Neumann, 2010; Jaramillo, 2011; Solano, 2014), ese género fronterizo en el que quien lo practica “acepta el destino nómádico, renuncia a la certeza del lugar propio” (Reguillo, 2000: 62) y cuya escritura urgente, inmediata, transitoria y fragmentaria se adecua al ritmo de la temporalidad histórica, acelerada y fugaz, de nuestra contemporaneidad. Sin interés en escribir la “gran novela latinoamericana” ni en representar gigantescos frescos sociales, como lo hizo la narrativa del “boom”, esta generación literaria prefiere escribir novelas breves y, al mismo tiempo, avocarse también a renovar el género cuentístico (Jefstjanovic, 2013; Paz Soldán, 2016; Costamagna, 2016).

Algunos registros temáticos de la nueva literatura latinoamericana sin residencia fija

Ciertamente, los registros temáticos y expresivos de la nueva narrativa latinoamericana son variados y diversos. Así, por

ejemplo, la violencia política, más allá de la literatura referida a la violencia de los años dictatoriales en países como Chile o Argentina, o de la narrativa de Roberto Bolaño referida a los feminicidios de Ciudad Juárez en México, está presente –entre otros– en escritores como Santiago Roncagliolo (2006) o Rodrigo Rey Rosa (2009), quienes a pesar de sus “señas de identidad” como escritores sin arraigo representan literariamente sin misericordia la cruda realidad de sus países, sea la violencia desencadenada por el grupo terrorista Sendero Luminoso y las huellas que esta dejó en sus víctimas, sea la represión en Guatemala a lo largo del siglo XX. En este mismo registro, el género negro ha resultado sumamente eficaz para reflejar la realidad social y política del continente (la falta de confianza en la administración de justicia, la desesperanza, la descomposición social) abordando las complejas relaciones entre el poder, la justicia y la criminalidad. Los códigos del género se ajustan perfectamente para recrear la violencia: un detective privado lleva a cabo una investigación en una sociedad en crisis denunciando la corrupción policial, política, económica y moral de las instituciones relacionadas con el hecho criminal, aunque los móviles aparentes sean el dinero, el poder, las mujeres o el vicio. (Mendoza, 2004, 2008, 2010; Galera, 2014; Díaz Eterovic, 2016). En este sentido, el relato de género negro, caracterizado por la dureza del texto y de sus personajes, constituye un enfoque descarnado de la realidad social y política del continente. En esta misma línea, el narcotráfico, que ha cobrado miles de víctimas en el entorno de violencia, muerte y corrupción propiciado a partir de las complicidades entre el poder político y

el crimen organizado, ha merecido también una especial atención en la literatura latinoamericana actual (Franco, 1999; Restrepo, 2004, entre muchos otros), en particular en la del norte de México,

donde se tienen los elementos necesarios para ser atrayentes en una novela: balas, droga y corrupción (Haghenbeck, 2015: 6).

Y, sin duda, la experiencia migratoria, con su atroz cauda de violencia (secuestros, extorsión, robos, golpes, tráfico de personas) tal como es presentado por autores como Antonio Ortuño (2013) refiriéndose al desplazamiento de centroamericanos hacia México y Emiliano Monge (2016), así como la literatura de viajes y la relativa al cruce de fronteras narrativa, se han convertido también en importantes cartas de presentación de la literatura latinoamericana a lo largo de las últimas décadas (Herrera, 2010; Neuman, 2010; Jeftanovic y García Huidobro, 2012; Ortuño, 2013; Monge, 2016; Meruane, 2013).

Ciertamente, cartografiar en su totalidad el mapa literario actual de la literatura latinoamericana reciente resulta imposible, dada la cantidad de autores pertenecientes a un enorme número de países y la diversidad de géneros que lo conforman. Sin embargo, y más allá de las temáticas recientemente comentadas, quisiéramos destacar tres grandes vertientes por las que discurre la actual narrativa del continente, en un momento histórico como el actual, en que “hace falta muy poco para que el arraigado se vea arrancado de sus raíces y para que el feliz y sosegado pierda su lugar al sol” (Wiesel, 1991: 19), y en el que los

confines territoriales están debilitados, las fronteras son móviles, porosas y movедizas, y en el que nos preguntamos no solo quién soy sino también a dónde pertenezco.

En esta línea, si para la literatura del “boom” uno de los grandes temas fue el de la identidad latinoamericana —buscando sus raíces, reinventando la historia desde el mito y refundando utopías, en concordancia con el horizonte social, político e ideológico de la época en que surgió— los nuevos escritores del continente se han volcado en gran medida al mundo de las identidades subjetivas, personales, intimistas. Si vivimos hoy una era histórica caracterizada “por una creciente inestabilidad del tiempo y por la fracturación del espacio en el que vivimos” (Huysen, 2002: 24) y ante la cual se ha desarrollado lo que Andreas Huysen ha llamado “una obsesión memorialista”, no es casual que los escritores se hayan volcado a reflexionar sobre sus orígenes genealógicos y personales, lo cual se ha expresado en el auge de lo que se ha denominado la “escritura del yo”: memorias, testimonios personales, recuerdos, confesiones, semblanzas íntimas, cartas, diarios, crónicas y, ciertamente, relatos autobiográficos (Arfuch, 2002). El “yo” ha asaltado a la literatura” (Manrique, 2008) y la escritura autobiográfica ha encontrado un espacio privilegiado para buscar las propias marcas de filiación. Pero no se trata solamente de una escritura autobiográfica tradicional (reconociendo los elementos ficcionales presentes en toda narrativa vivencial), sino de una modalidad de autobiografía en la que se entretajan el relato de la propia vida con la biografía de otro protagonista, que suele ser por lo general, el padre y/o la madre o algún otro pariente cercano, ya au-

sentos o alejados. La escritura se vuelve así, un juego de espejos en el que a través de los ojos del autor/narrador/personaje que reconstruye su propia vida se privilegia la reconstrucción biográfica del segundo personaje mencionado. La autobiografía se vuelve entonces una búsqueda primigenia de orígenes, genealogías, identidades, historias familiares, etcétera, pero también un intento de preservar la historia familiar y rastrear las herencias genealógicas a fin de elaborar otra lectura del pasado y de sí mismos. En el caso de la actual literatura latinoamericana ello es visible, por ejemplo, en los textos de Guadalupe Nettel, *El cuerpo en que nací* (2011); de Julián Herbert, *Canción de tumba* (2011); del chileno Rafael Gumucio, *Mi abuela, Marta Rivas González* (2013), o del peruano Renato Cisneros, *La distancia que nos separa* (2015). En el caso de Nettel y Herbert, la figura central es la de la madre, y cada uno de ellos se busca a sí mismo a partir de las huellas que esta les ha dejado. Así, por ejemplo, Nettel (2011) desgrana en el cálido espacio de un (fingido) consultorio psicoanalítico, imágenes y recuerdos de su infancia y adolescencia marcada por la educación recibida por sus padres en los años setenta: matrimonio abierto, comunas hippies y liberación sexual, pero también exilios latinoamericanos y “guerra sucia”. La (supuesta) paciente se habla y se escucha, tejiendo un relato en el que brotan interrogantes –para las que quiere encontrar respuesta interpellando a la fingida psicoanalista– en torno a las contradicciones de una madre liberal, desafiante, provocadora y sensual, pero que no puede escapar a los valores más tradicionales de formar una familia y tener una pareja estable. Julián Herbert (2011), por su parte,

entre los muros blancos de un hospital en el que agoniza su madre, minada por la leucemia, se pregunta insistentemente cómo narrar tanto la historia de ella, una prostituta trashumante que arrastra a sus hijos por prostíbulos, moteles, hospitales, polvo y miserias, al tiempo que se pregunta también cómo relatar la suya propia, profundamente marcada por la mujer que le dio la vida. En esta misma línea, el escritor chileno Rafael Gumucio (2013) reconstruye su relación con su abuela –una figura irritante y conmovedora– al tiempo que examina también la vida de esta, una mujer perteneciente a la aristocracia política chilena del siglo XX, ligada con todas las familias importantes del país, que rompió con su clase apoyando un proyecto de izquierda pero que nunca pudo dejar atrás ni sus costumbres ni su visión de mundo ni tampoco ser aceptada cabalmente, debido a sus orígenes sociales, por la izquierda chilena. El texto se vuelve una autobiografía a modo de espejo entre la figura de la abuela y la del nieto, que lo confronta con sus grandes paradojas: ser un aristócrata de izquierda, y ser un escritor que se mueve con más soltura en las diversas modalidades de la escritura del yo. En esta misma tesitura también podría mencionarse el texto autoficcional de Renato Cisneros (2015), en el que a través de una rigurosa –y desgarradora– investigación a través de archivos, libros de la época, periódicos, la desclasificación del expediente de su padre en el ejército, entrevistas y ciertamente, los recuerdos propios, se sumerge en los infiernos para indagar en la verdadera historia del general de ejército Luis Federico Cisneros, un polémico ministro del Interior y de Guerra durante la dictadura militares de Francisco Mora-

les Bermúdez y parte del gobierno civil de Fernando Belaúnde; célebre por su implacable lucha contra la subversión en Perú y su apoyo a los militares argentinos durante la el último gobierno militar en ese país.

En este mismo registro; es decir, en la búsqueda nostálgica “por el mundo perdido de los orígenes” (Ainsa, 2012), una vertiente literaria importante en los países que vivieron experiencias dictatoriales es la referida a las novelas y, en especial, a los relatos autobiográficos que abordan la memoria de quienes fueron niños durante el régimen militar viviendo el terror como un miedo oscuro y opresivo (Contardo, 2013). Tal sería el caso de Laura Alcoba en *La casa de los conejos* (2008); de Alejandra Costamagna en *En voz baja* (1996), la primera novela de ficción sobre el tema; de Felix Bruzzone en *Los topos* (2008) y *Formas de volver a casa* (2011), o de Nona Fernández en *Fuenzalida* (2012), entre otros. En todos estos casos se trata de relatar la historia de una generación cuya infancia estuvo marcada por la dictadura pero que necesita saldar cuentas con el pasado para construir su presente. En estas obras, los límites entre autobiografía y ficción son muy tenuous; están escritas desde la óptica de la “postmemoria” (Hirsch, 1996); es decir, la experiencia de quienes crecieron dominados por las narrativas de eventos traumáticos que precedieron su nacimiento o que los afectaron siendo muy niños, y cuyas propias historias han sido desplazadas por los relatos de la generación anterior. En otras palabras, la postmemoria surge ante una situación de pérdida de continuidad, ante una fractura histórica y social. Ella encuentra su origen en una memoria ausente, reemplazada

por silencios o relatos fragmentarios relatados por representantes de la generación previa. Desplegada desde una distancia generacional y una implicación subjetiva, se refiere a la memoria de segundas y terceras generaciones cuyas propias historias están modeladas (con retraso) por la historia de la generación previa. La literatura de la postmemoria procura darle voz a esa generación desplazada por la historia que, en voz de Zambra (2011):

Mientras los adultos mataban o eran muertos, nosotros hacíamos dibujos en un rincón. Mientras el país se caía a pedazos nosotros aprendíamos a hablar, a caminar, a doblar las servilletas en formas de barcos, de aviones. Mientras la novela sucedía, nosotros jugábamos a escondernos, a desaparecer (p. 56).

Así, por ejemplo, *La casa de los conejos* (2008), de Laura Alcoba –testimonio autobiográfico– relata a través de la voz narrativa de una niña de 7 años, el periodo de tiempo en que la autora vivió clandestinamente a comienzos de 1976 con su madre, militante montonera, en la casa donde funcionaba en la ciudad de La Plata la imprenta clandestina de Montoneros, encubierta bajo la fachada de un criadero de conejos. Desde la subjetividad más íntima, la mirada de la niña reconstruye una historia personal y generacional: la vida cotidiana de un grupo de militantes agobiados por los peligros de su inminente derrota en un clima de violencia, angustia, miedo y desapariciones en el marco del horror dictatorial. La voz infantil habla no solo desde la clandestinidad,

sino fundamentalmente desde el miedo, la incertidumbre, el terror y, también, desde la inocencia y la perplejidad de una niña que, sin saber cómo hacerlo, debe asumir responsabilidades adultas y comportarse casi como una militante comprometida. La escritura del texto, desde una mirada ya adulta, es una forma de elaborar el duelo por la masacre cometida contra la “casa de los conejos” a fines de 1976, en la que murieron casi todos los militantes que la habitaban, y en la cual desapareció, hasta el día de hoy, una bebé de tres meses. En esta misma línea, *Formas de volver a casa* (2011), de Alejandro Zambra, narra desde la voz de un niño de 9 años lo que era Chile a mediados de los años ochenta en el seno de una familia modesta y apolítica. La voz infantil se entreteje con la voz ya adulta del narrador, que intenta llenar las fisuras de la memoria. Nona Fernández a su vez, en *Fuenzalida* (2012) se acerca autoficcionalmente a esta temática desde la mirada de una guionista de telenovelas en el presente postdictatorial, que intenta reconstruir, a partir de una fotografía encontrada casualmente, la historia de su padre –a quien no ve desde niña– y que fuera víctima de la dictadura al negarse a poner sus conocimientos de artes marciales al servicio de la represión. A partir de esa fotografía la protagonista se avoca al trabajo de rehacer, investigar e imaginar los inquietantes espacios en blanco de la vida de su padre y darle sentido a un rompecabezas inconexo, que es también el del país.

En un registro similar, podría mencionarse otra línea temática: las historias que ocurren en el territorio de la familia, y que están armadas con el tejido de los afectos, los sentimientos y las emociones,

historias en las que los ausentes –en especial, la figura del padre– lo llenan todo de un poder extraño. Nos referimos, por ejemplo, a *Los afectos* (2015a), del escritor boliviano Rodrigo Hasbun y a *La desaparición del paisaje* (2015) del también boliviano Maximiliano Barrientos; novelas ambas sobre personajes a la intemperie que han perdido el rumbo cuando se rompen los lazos familiares, pero que no cesan de lucha contra la herencia de sus fantasmas. La primera, narrada en un tono intimista, se ubica en Bolivia en la convulsa época de los sesenta y narra la historia de una familia alemana emigrada a ese país tras la Segunda Guerra Mundial –cuyo jefe de familia fue muy cercano al cine nazi– y el profundo desarraigo que implica migrar de Munich a La Paz, pero también las incomprendiones familiares, la ruptura de los proyectos de vida y los dolorosos procesos de disolución de los vínculos afectivos e íntimos a partir del abandono emocional del padre, embarcado en aventuras utópicas y fracasadas, y cuya ausencia marcó la vida de sus tres hijas. La segunda, ubicada en Santa Cruz, reafirma un tema tan antiguo como la historia de Ulises: siempre se regresa a la tierra natal como un extraño. El protagonista, superviviente de una familia destruida, vuelve a su hogar después de una larga ausencia de 12 años, a reconocerse a sí mismo en los ojos de quienes lo conocieron en su juventud pero, esencialmente, a enfrentar el luto por la muerte de su padre. No se trata, sin embargo, de un regreso tranquilizador sino más bien, por el contrario, de un viaje turbulento en el que el protagonista reforzará su sensación de extrañamiento y ostracismo.

Algunas formas de reterritorialización literaria

Pero, si como se ha mencionado, el desarraigo y la extraterritorialidad son rasgos esenciales de la nueva narrativa latinoamericana, también estamos en presencia de una vertiente literaria que refuerza los “procesos de regionalización”, tal vez en concordancia con la afirmación de Simone Weil (1996) de que “tener raíces es quizás la más importante y menos reconocida de las necesidades del alma humana” (p. 19). En esta línea, son numerosos los textos narrativos en los que la búsqueda de un espacio territorial y local propio se expresa en el retorno a problemáticas particulares de regiones específicas, provincias olvidadas, pueblos ubicados en territorios del interior, espacios áridos donde se despliega “otra” forma de vivir en contraposición con la vida que transcurre de manera acorde con las tendencias de expansión planetaria y homogeneizante de la globalización. No es casual que estos distintos espacios geográficos aparezcan en la actualidad como paisaje literario en un entramado histórico-social de geografías desterritorializadas y reterritorializadas. Recuperarlos literariamente supone ubicarse a contracorriente de un imaginario cultural centrado en los conceptos de Estado-nación, territorio e identidad nacional. Así mismo, supone privilegiar las particularidades regionales, visibilizando su presencia en contraposición con el exacerbado centralismo que ha caracterizado a los países latinoamericanos, en tanto la formación y consolidación de la institucionalidad histórica del Estado ha dejado a las provincias al margen de la cartografía simbólica nacional. La literatura centrada alrededor de estas geografías

se inserta en un nuevo horizonte de significación cultural que redefine los sentidos de pertenencia en un entorno de desterritorialización, exclusión y fractura social (Chambers, 1995). En el caso mexicano, por ejemplo, la vasta y movедiza frontera mexicana-estadounidense se ha hecho presente a lo largo de las últimas décadas a través de un caudal de escritores nacidos o radicados en el norte del país (en el que destacan autores como Eduardo Antonio Parra, Luis Humberto Crosthwaite, David Toscana, Federico Campbell, Rosina Conde, Gabriel Trujillo Muñoz, Julián Herbert, Yuri Herrera, entre otros), que han dado voz a una realidad heterogénea, diversa, plural y, ciertamente, conflictiva: la de una región con características propias, en el que

hay un devenir muy distinto al que registra la historia del resto del país: una manera de pensar, de actuar, de sentir y de hablar derivadas de ese mismo devenir y de la lucha constante contra el medio y con la cultura de los gringos, extraña y absorbente. Y esta particularidad del “ser norteño” es la materia prima de la narrativa de sus escritores (Parra, 2003: 40).

Si bien “la literatura del norte” encuentra sus antecedentes en escritores de la primera mitad del siglo XX, de la talla de Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Julio Torri, José Revueltas, Inés Arredondo, entre otros (Parra, 2015), la realidad contemporánea signada por procesos como la rápida urbanización, los efectos de la apertura económica que se ha traducido, por ejemplo, en la proliferación de la in-

dustria maquiladora, así como la llegada de enormes flujos de población que intentan cruzar a Estados Unidos, ha dado paso no solo a expresiones literarias de una amplia diversidad temática sino también a “diferencias de lenguaje, de pensamiento, de idiosincrasia, de clima, de paisaje y de atmósfera” (Parra, 2015: 9). Es en esta línea que el desierto se ha convertido en uno de los grandes temas literarios de la “literatura del norte” (Parra, 1999), como también lo han sido la vida en la frontera –agravada durante las últimas décadas por la violencia proveniente de la criminalidad, el narcotráfico, la explotación laboral y la trata de personas– (Velázquez, 2013), violencia que no es sino la continuación de un pasado proclive a ella, como lo demuestra Julián Herbert en su estremecedor relato *La casa del dolor ajeno* (2015) donde narra la masacre de más de 300 chinos en Torreón durante la Revolución Mexicana.

Pero también, más allá de la importancia del desierto en la narrativa del norte de México, no es casual que el desierto sea hoy una importante fuente de inspiración literaria en otros países latinoamericanos, entre otras razones porque el desierto, en su fluidez, forma parte de la construcción de un nuevo paisaje teórico-cultural que asume la morada como un hábitat móvil (Chambers, 1995). El desierto apela al nomadismo, al tránsito, a una fluidez que coincide necesariamente con la nación ni con el Estado. En la actual narrativa chilena, por ejemplo, este espacio geográfico está presente en la novela de Carlos Franz *El desierto* (2005), en la cual este escritor aborda el apremiante tema de la memoria y la responsabilidad colectiva durante los 17 años que duró la dictadura chilena, ubi-

cándola en un pequeño poblado situado en un oasis del desierto de Atacama, donde en tiempos del régimen dictatorial se instalaron un campamento militar y un campo de concentración de prisioneros políticos, más tarde fusilados o desaparecidos, y cuyos huesos quedaron sumergidos en el cementerio desértico del norte chileno. El desierto es también, el espacio literario en el que un escritor como Diego Zúñiga ubica sus dos novelas. La primera, *Camanchaca* (2009), relata en tono intimista el viaje de un adolescente con su padre desde la norteña ciudad de Iquique hacia Tacna, en la frontera con Perú, bordeando el desierto de Atacama, que esconde para su familia secretos inconfesables. En su segunda novela, *Racimo* (2014) –un relato policial narrado en clave de crónica periodística– Zúñiga, en un registro mucho más político, devela el lado oscuro del desierto de Atacama como cementerio de opositores políticos durante el periodo dictatorial, pero también donde se pudo asesinar y ocultar los cadáveres de muchachas jóvenes de la ciudad marginal de Alto Hospicio sin que sus huesos aparecieran nunca en el espacio de tierra calcinada del desierto.

La provincia argentina está presente de manera relevante en la obra de autores como Hernán Roncino (2007, 2009, 2013), Selva Almada (2012, 2013, 2014, 2015) y Fernando Falco (2014) cuyos relatos se ambientan en un paisaje y una cotidianidad ajenas a las grandes ciudades y en los que aparecen historias, espacios y personas que poco tienen que ver con la “aldea global”. Así, por ejemplo, Selva Almada ubica sus novelas *El viento que arrasa* (2012), *Ladrilleros* (2013), y su libro de relatos *El desapego es una manera de querernos*

(2016), así como su crónica-reportaje *Chicas muertas* (2014) en el entorno (casi) rural de pequeños pueblos del norte argentino (El Chaco o Entre Ríos), entre tierras resacas, calores agobiantes y húmedos y escasa vegetación, en medio de un tiempo detenido y un escenario social patriarcal y abusivo en el que se esconden resentimientos ancestrales, y en el que tras una (supuesta) tranquilidad se esconde una violencia contenida que explota en ajustes de cuentas y sangre. A su vez, las novelas de Hernán Roncino *La descomposición* (2007), *Glaxo* (2009) y *Lumbre* (2013) se desenvuelven en un pequeño pueblo cercano a Buenos Aires, Chivilcoy, que se desmorona sin remedio en medio de ruinas y fábricas abandonadas, y donde ya no llegan los trenes que fueron el motor del auge del pueblo en las primeras décadas del siglo XX. Así mismo, Federico Falco, en su libro de cuentos *Flores nuevas* (2014), recorre también los pueblos perdidos de la provincia de Córdoba, a medio camino entre lo rural y lo urbano, por donde deambulan personajes contenidos pero que parecen siempre a punto de estallar. Almada, Roncino y Falco bucean en el lenguaje oral de los habitantes del norte argentino, de Chivilcoy y de Córdoba. Al volver la mirada hacia las geografías calmas y anacrónicas de la provincia argentina, singularizan lo regional, al tiempo que el espacio nacional se convierte en una superposición de geografías, tiempos y lenguajes paralelos y disímiles.

¿Y hacia dónde se dirigen las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos?

A la generación literaria a la que hemos hecho referencia, nacida durante la década de los setenta, se está agregando una

nueva camada de escritores nacidos una década más tarde, que viene apareciendo con fuerza en el horizonte literario latinoamericano, entre los que se puede mencionar, entre muchos otros, a Carlos Fonseca, Mauro Libertella y Valeria Tentoni (Argentina), Paulina Flores e Ileana Elordi (Chile), Liliana Colazzi (Bolivia), Camila Fabbri, Luisa Geisler (Brasil) y Pedro Casusol (Perú), entre otros. Han llegado a la madurez a fines del siglo XX; se mueven fácilmente en las plataformas digitales; su visión de mundo pasa por la innovación tecnológica, cada vez más acelerada; no imaginan una vida sin internet, celular ni redes sociales. Han vivido muy de cerca las debilidades de la democracia: la incapacidad del Estado de extender los derechos humanos fundamentales a toda la población, la exclusión social, la discriminación, la violencia y la corrupción, la ruptura de la cohesión social, etcétera. Son, por tanto, parte de una generación escéptica ante la política, descreída de toda causa colectiva y extremadamente individualista. Como señala Claudia Apablaza en el prólogo a su antología *Voces-30* (2014):

Veo a esta nueva generación en un movimiento de exilio internalizado y voluntario, en varias direcciones, y permanente, un tránsito que va en distintas direcciones: interno, externo, un exilio en fuga. Movimientos extremos, enloquecidos, que no tienen punto de inicio, ni retorno posible (p. 14).

Y agrega:

El sistema literario está en fuga, no precisamente en una búsqueda, sino en

una desterritorialización autoimpuesta. El sujeto y el escritor trabajan desde ese lugar sin lugar, y así ese movimiento constante de espacios donde habita, estudia, trabaja, se vuelve un viaje constante, un viaje en sí mismo sin territorio de partida, sin nostalgia de lo local (p. 15).

Sus senderos literarios todavía no están claros. Pero ciertamente, viven una extraterritorialidad en la que ya no parece haber ningún arraigo ni territorio, salvo quizás el idioma, lo cual no es algo menor, si pensamos que en este momento de balcanización regional, lo único que podría definir la “identidad latinoamericana” sería un lenguaje común: el español.

Bibliografía

- Aguilar, M. (Comp.). (2010). *Domadores de historias*. Santiago, Chile: RIL Editores.
- Ainsa, F. (2012). *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia*. Madrid, España: Iberoamericana/Vervuert.
- Alarcón, D. (2007). *Lost City Radio*. Estados Unidos: HarperCollins.
- Alcoba, L. (2008). *La casa de los conejos*. Argentina: Editorial Edhasa.
- Almada, S. (2012). *El viento que arrasa*. Buenos Aires, Argentina: Mardulce.
- Almada, S. (2013). *Ladrilleros*. Buenos Aires, Argentina: Mardulce.
- Almada, S. (2014). *Chicas muertas*. Argentina: Random House.
- Almada, S. (2015). *El desapego es una manera de querernos*. Argentina: Random House.
- Apablaza, C. (2014). *Voces-30*. Santiago, Chile: ebooks Patagonia.
- Appadurai, A. (1997). Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional. *Novos Estudos*, (49), 33-46. San Pablo, Brasil: Cebrap.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Barrientos, M. (2015). *La desaparición del paisaje*. España: Periférica.
- Bauman, Z. (1999). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bruzzzone, F. (2008). *Los topos*. Buenos Aires, Argentina: Mondadori.
- Chambers, I. (1995). *Migración, cultura, identidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Cisneros, S. (2015). *La distancia que nos separa*. Lima, Perú: Planeta.
- Contardo, O. (Ed.). (2013). *Volver a los 17*. Santiago, Chile: Planeta.
- Costamagna, A. (1996). *En voz baja*. Santiago, Chile: LOM editores.
- Costamagna, A. (2016). *Imposible salir de la tierra*. México: Almadía.
- Crosthwaite, L. H. (2011). *Instrucciones para cruzar la frontera*. México: Taurus.
- Díaz, J. (2007). *The brief and wondrous life of Oscar Wao*. Estados Unidos: Riverhead Books.
- Díaz Eterovic, R. (Ed.). (2016). *El crimen tiene quien le escriba. Cuentos negros y policíacos latinoamericanos*. Santiago, Chile: LOM Editores.
- Falco, F. (2014). *Flores nuevas*. Santiago, Chile: Montacerdos Ediciones.
- Fernández, N. (2012). *Fuenzalida*. Santiago, Chile: Random House Mondadori.
- Franco, J. (1999). *Rosario Tijeras*. Barcelona, España: Mondadori.

- Franz, C. (2005). *El desierto*. Santiago, Chile: Sudamericana.
- Fuguet, A. (1998). *Por favor, rebobinar*. Santiago, Chile: Aguilar.
- Fuguet, A. (2001). *Mala onda*. Santiago, Chile: Suma de Letras.
- Fuguet, A. (2002). *Sobredosis*. Santiago, Chile: Suma de Letras.
- Fuguet, A. (2011). *Missing*. Madrid, España: Alfaguara.
- Galera, D. (Comp.). (2014). *Latinoamérica criminal*. México: Random House.
- González Harbour, B. (2016a). Lina Meruane. “Soy afuerina y por tanto sospechosa”. Babelia. *El País*, 15 de abril.
- González Harbour, B. (2016b). Violencia verbal en América Latina. Babelia. *El País*, 20 agosto.
- Guarnizo, L. E. y Smith, M. P. (1999). Las localizaciones del transnacionalismo. En M. Gail (Comp.), *Fronteras fragmentadas*. México: El Colegio de Michoacán.
- Guerriero, L. (2017). El escritor ambulante. Babelia. *El País*, 14 enero.
- Gumucio, R. (2013). *Mi abuela, Marta Rivas González*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales
- Haghenbeck, F. G. (2015). Espejo roto: el Noir mexicano del siglo XXI. Confabulario. *El Universal*, 4 de octubre.
- Hasbún, R. (2015). *Los afectos*. Barcelona, España: Literatura Random House.
- Herbert, J. (2011). *Canción de tumba*. México: Mondadori.
- Herbert, J. (2015). *La casa del dolor ajeno*. México: Random House.
- Herrera, Y. (2010). *Señales que precederán al fin del mundo*. España: Editorial Periférica.
- Hirsch, M. (1996). Past lives: Postmemories in exile. En S. Rubin-Suleiman (Ed.), *Exile and creativity*. Tel Aviv, Israel: Tel Aviv University.
- Jaramillo, D. (Ed.). (2011). *Antología de crónica latinoamericana actual*. México: Alfaguara.
- Jeftanovic, A. (2015). *No aceptes caramelos de extraños*. Barcelona, España: Comba Editorial.
- Jeftanovic, A. y García-Huidobro, B. (Ed.). (2012). *Textos de frontera*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Jeftanovic, A. (2015). *No aceptes caramelos de extraños*. Barcelona, España: Comba Editorial.
- Huyssen, A. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López-Aliaga, L. (2014). *La imaginación del padre*. Santiago, Chile: Lolita Editores.
- Maier, G. (2011). *Leyendo a Vila-Matas*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Maier, G. (2015). *Material rodante*. Barcelona, España: Editorial Minúscula.
- Manrique, W. (2008). El yo asalta la literatura. *El País*, 13 de septiembre.
- Mendoza, E. (2004). *Efecto tequila*. México: Tusquets.
- Mendoza, E. (2008). *Balas de plata*. México: Tusquets.
- Mendoza, E. (2010). *La prueba del ácido*. México: Tusquets.
- Meruane, L. (2013). *Volverse Palestina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Monge, E. (2016). *Las tierras arrasadas*. Barcelona, España: Random House.
- Nettel, G. (2011). *El cuerpo en que nació*. Barcelona, España: Anagrama.
- Neuman, A. (2010). *Como viajar sin ver*. Madrid, España: Alfaguara.
- Ortuño, A. (2013). *Fila india*. México: Océano.

- Parra, A. E. (1999). *Tierra de nadie*. México: Era.
- Parra, A. E. (2003). Notas sobre la nueva narrativa del norte. En J. Perucho Javier (Comp.), *Estéticas de los confines. Expresiones culturales en la frontera norte*. México: Verdehalago.
- Parra, A. E. (Comp.). (2015). *Norte. Una antología*. México: Era.
- Paz Soldán, E. (2012). *Norte*. Barcelona, España: Mondadori.
- Paz Soldán, E. (2016). *Tiburón*. México: Almadía.
- Pron, P. (2007). *Una puta mierda*. Buenos Aires, Argentina: El Cuenco de Plata.
- Reguillo, R. (2000). Textos fronterizos. La crónica: una escritura a la intemperie. Guaraguao. *Revista de Comunicación*, 4 (11), 58-65.
- Restrepo, L. (2004). *Delirio*. Bogotá, Colombia: Alfaguara.
- Rey Rosa, R. (2009). *El material humano*. Barcelona, España: Anagrama.
- Roncagliolo, S. (2006). *Abril rojo*. México: Alfaguara.
- Roncino, H. (2007). *La descomposición*. Buenos Aires, Argentina: Eterna Cadencia.
- Roncino, H. (2009). *Glaxo*. Buenos Aires, Argentina: Eterna Cadencia.
- Roncino, H. (2013). *Lumbre*. Buenos Aires, Argentina: Eterna Cadencia.
- Solano, A. F. (2014). *Corea. Apuntes desde la cuerda floja*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Velázquez, C. (2013). *El karma de vivir al norte*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Weil, S. (1996). *Echar raíces*. Madrid, España: Trotta.
- Wiesel, E. (1993). ¿Quién le teme al lobo fe-roz? Los emigrantes. *La Jornada*, 23 de junio.
- Zambra, A. (2011). *Formas de volver a casa*. Barcelona, España: Anagrama.
- Zambra, A. (2015). *Facsimil*. México: Editorial Sexto Piso.
- Zúñiga, D. (2009). *Camanchaca*. Santiago, Chile: La Calabaza del Diablo.
- Zúñiga, D. (2014). *Racimo*. Santiago, Chile: Random House Mondadori.